

UTOPIÍA

La segregación producto de la inequidad, la delincuencia que reduce la confianza entre personas y el creciente individualismo que comenzó en los '80, contribuyen a debilitar las comunidades



Por Rubén Torres

En un mundo convulsionado por la inequidad, las redes sociales amplifican la percepción de esta realidad. En los 60 un millonario podía navegar con sus amigos disfrutar del buen vino, el sol y la playa, y pasar inadvertido para la mayoría. Hoy, si alguien del grupo subiera las fotos a sus redes, éstas se replicarían en miles de pantallas.

Las redes sociales crean la ilusión de que el que comparte esas fotos e historias vive en un mundo perfecto sin angustias ni temores. La segregación producto de la inequidad, la delincuencia que reduce la confianza entre personas y el creciente individualismo que comenzó en los '80, contribuyen a debilitar las comunidades.

A la vez, parece haber un recambio en los valores, somos una sociedad más abierta pluralista y que rechaza los extremos, lo cual es muy positivo. Los viejos valores del honor y la palabra van quedando atrás. Hace un siglo la gente llegaba a suicidarse o batirse a duelo por ellos, la palabra era compromiso inquebrantable. Hoy todo debe quedar por escrito, refrendado por un abogado para garantizar que nadie falte a la verdad.

Reconstruir comunidades y vínculos no es tarea fácil ni rápida. Pero si hay un momento ideal para ponerlo en agenda es la pospandemia, donde puede que se inicie un proceso de saturación con las redes, que en los próximos años tanta exhibición e híper conectividad dejen de ser aceptadas socialmente y ya no sea *cool* compartir tanta privacidad.

Tenemos la necesidad de contacto físico real, abrazarnos, estar juntos. La felicidad individual y colec-

tiva son nuestros vínculos, afectos, amigos vecinos, comunidad, ese es el mundo real donde se experimenta la felicidad genuina. En medio de la transformación histórica que atraviesa la humanidad en la era del coronavirus, el desafío intelectual es poder imaginar una utopía pospandémica.

El Pew Research Center y la Universidad de Elon realizaron una investigación, con encuesta a 915 innovadores líderes empresariales, políticos, investigadores académicos y activistas sociales, con el objeto de anticipar los cambios sociales, políticos y económicos que se podrían producir tras el Covid-19. Los expertos vaticinan reformas tecnológicas que permitirán acceder a mejoras en salud, educación, y el ámbito social y laboral, como la consolidación de una economía digital expandida, con mercado por fuera de los sistemas financieros monolíticos; la aparición de *agentes interdigitales*, que podrían asumir tareas repetitivas para que ese tiempo sea invertido en recreación; la aparición de redes sociales 3D que permitirían una interacción más real, a mayor distancia, a través de avatares de hologramas, o la consolidación de una *Internet de las Cosas Aéreas*, a medida que los drones se vuelven más prolíficos en tareas de exploración y entrega.

La irrupción de opciones de *e-learning*, que favorecerán la creación de propuestas educativas personalizadas, según necesidades e intereses de cada estudiante. La medicina se verá favorecida, con sensores y dispositivos que permitirán nuevos tipos de monitoreo *online*, en tiempo real y permanente de la salud del paciente, y máquinas inteligentes para diagnosticar enfermedades en forma más rápida y segura.

Pero anticipan que podría empeorar la desigualdad entre conectados y desconectados, que se crearán

condiciones oligopólicas para grandes empresas tecnológicas y la inteligencia artificial podría erosionar más la privacidad y la libertad individual.

Además, ven con preocupación el aumento de las *fake news*, la repetición de discursos armados para manipular electores, que contrarrestarán la formulación de políticas públicas basadas en evidencias. Concluyeron que se mejorará la calidad de vida con la creación de sistemas más inteligentes para administrar servicios públicos y el *home office* reducirá el hacinamiento urbano y la contaminación ambiental, lo que derivará en un mejor entorno para la vida familiar y social.

Antes de la pandemia, a nivel global los indicadores económicos y sociales nunca fueron tan buenos, nunca tantas personas fueron parte de las clases medias, la pobreza extrema estaba en mínimos históricos y la esperanza de vida nunca fue tan alta. Sin embargo, esto parecía no traducirse en felicidad. Zygmunt Bauman sostenía que las comunidades solidas no pueden ser reemplazadas por la virtualidad.


En un mundo donde las personas cada vez se sienten más solas, sólo comunidades reales permiten lazos reales, y compartir momentos agradables o no con los demás. Nuestro barrio, trabajo, el colegio al que fuimos, los deportes que practicamos, el equipo de fútbol del que somos hinchas o la iglesia a la que concurrimos constituyen una comunidad, que nos permite hacer amigos, conocer gente nueva, compartir experiencias, ayudar a otros, ser ayudados y generar confianza, estrechando vínculos interpersonales, alcanzar objetivos comunes, sentirnos acompañados y seguros, y hacernos más felices.

En los 60 y 70 las personas vivían más tranquilas; y el tener menos opciones simplificaba las elecciones. Hoy vivimos abrumados por el exceso de alternativas. La vida de las personas estaba organizada en función de tres grupos de pertenencia: religión, fami-

lia y trabajo. La gente vacacionaba en los mismos lugares del propio país, los viajes al exterior constituían privilegio de muy pocos. Las marcas y oferta de productos de consumo y entretenimiento eran menores. Era un mundo más simple menos competitivo, más igualitario, con más oportunidades de crecimiento y menos presiones que el actual. Las personas se casaban, tenían hijos a edad temprana, era altamente

probable que mantuvieran toda su vida el mismo trabajo, en la misma empresa, la familia jugaba un rol muy importante de contención y sus miembros se reunían más seguido. La religión ocupaba un lugar central: se creía que la compañía de Dios amortiguaba la soledad. El sentimiento de patria tenía más peso, y el hecho de que la sociedad fuera más igualitaria reducía la sensación de exclusión.

Estas creencias y soportes comenzaron a derrumbarse durante los '70, por la mayor tasa de divorcios, la menor cantidad de hijos, el aumento de la movilidad laboral, el crecimiento de los trabajos *free lance* y la digitalización de muchas tareas hasta entonces manuales; la escasa atracción de la religión sobre los jóvenes, y la globalización.

Tomás Moro publicó en 1561 un trabajo inmortalizado como Utopía¹. En él, el asesor de Enrique VIII esbozó una sociedad ficticia, ejemplar, construida en base a resolver los principales conflictos que veía a partir de dos pilares: era una pacífica antítesis de las luchas religiosas por el cisma de la Revolución Protestante; e igualitaria, en contraste con el inequitativo e injusto feudalismo todavía persistente en el Renacimiento. Se convirtió en la síntesis perfecta para denominar toda comunidad futura que enmendara las desviaciones del presente. ¿Seremos capaces de construir la nueva Utopía? 

¹Librillo verdaderamente dorado, no menos beneficioso que entretenido, sobre el mejor estado de una república y sobre la nueva isla de Utopía.

LAS CREENCIAS Y SOPORTES QUE SOSTENÍAN NUESTRO MUNDO COMENZARON A DERRUMBARSE DURANTE LOS '70, POR LA MAYOR TASA DE DIVORCIOS, LA MENOR CANTIDAD DE HIJOS, EL AUMENTO DE LA MOVILIDAD LABORAL, EL CRECIMIENTO DE LOS TRABAJOS *FREE LANCE* Y LA DIGITALIZACIÓN DE MUCHAS TAREAS HASTA ENTONCES MANUALES; LA ESCASA ATRACCIÓN DE LA RELIGIÓN SOBRE LOS JÓVENES, Y LA GLOBALIZACIÓN